

ciales rusos que demuestran una agilidad y fuerza extraordinarias. He visto á un oficial de cosacos acercarse á su caballo, enjaezado con la montura y todos los efectos de guerra, y apoyando suavemente la mano en la silla montar de un salto, sin estribos. También he presenciado iguales pruebas de destreza en algunos vaqueros americanos, pero éstos se alaban de ello, mientras que el cosaco hace, con la mayor naturalidad, mucho más, porque monta de un salto tanto si su caballo está parado como en movi-



Guerrilla japonesa

miento. El cosaco guía á su caballo sin valerse de las riendas, solo por la presión de sus rodillas, y durante una carga á pleno galope lo para en seco, lo hace arrodillar y desmonta; y lo que el oficial hace toda la tropa lo ejecuta apenas suena la voz de mando.

Uno de los más hermosos espectáculos que he presenciado es la carga de un regimiento de cosacos. Avanzan en una línea como un huracán, con sus sables desnudos, agazapados los jinetes detrás de los cuellos de sus caballos y con las piernas muy dobladas, como es moda entre los *jockeys* americanos. De pronto el comandante, que galopa á la cabeza—que es el puesto de los oficiales en el combate—se yergue, lleva adelante su sable, lo agita sobre su cabeza

y descarga un tajo sobre un enemigo imaginario. No pronuncia una palabra, pero todo el regimiento se endereza como un solo hombre, agigantándose sobre los estribos, é imita la acción del oficial. Casi al punto los sables vuelven á las vainas, se tienden los caballos y resguardados tras de ellos, cuerpo á tierra, los soldados empuñando sus carabinas rompen el fuego por descargas. Como impulsados por un resorte, se alzan después los caballos, saltan á las sillas los jinetes, y todo el regimiento se reúne á un

flanco y galopa quinientas yardas á retaguardia, detrás de una columna de infantes de túnicas grises, que avanzan rápidamente con la bayoneta armada... Estos hombres entrarán muy pronto en acción contra los japoneses.

Los oficiales rusos no se entregan á juegos atléticos tal como nosotros los comprendemos. Ni el *cricket*, ni el *football*, ni siquiera el *polo* les atraen; pero son excelentes nadadores, magníficos patinadores y muy diestros remeros. Son muy aficionados á la caza mayor, y he oído episodios que revelan la sangre fría y el valor de esos oficiales. Muchos chinos que habían servido como criados de esos oficiales, y buriatos que desempeñaban el mismo oficio en la Siberia, me han narrado hermosos rasgos lleva-

dos á cabo para salvar una vida humana ó simplemente por amor al peligro.

Había ya oído tales historias cuando recorri los Balkanes en tiempo de la insurrección macedónica; y cuando un macedonio dice que los rusos—entonces muy impopulares en aquel país—no conocen el miedo, debe creérseles, porque apenas hay en el mundo hombres más bravos que los búlgaros y macedonios. Iba yo entonces con el ejército ruso, en compañía de varios oficiales, y no creo volver á ver en mi vida hombres tan bien templados. En la época de los calores no se encontraban á su gusto, mas apenas llegó el crudo invierno y comenzaron á caer las nieves, precisamente cuando yo noté que desaparecían mis energías, y se acobardaban los más duros cazadores de las montañas, aquellos rusos estuvieron en sus glorias. Marchaban ligeramente sobre la nieve, sin cansarse, trepaban por las rocas, que parecían masas de hielo, sin la menor precaución, y entraban en la línea de fuego tranquila y sosegadamente.

Es fácil mofarse y decir que los rusos siempre corren. No correrán cuando Kuropatkin ordene lo contrario. No han desmayado en Port-Arthur, á pesar de que se ven atacados hace siete meses; son bravos y proceden de una valerosa raza; y nosotros, que tanto ensalzamos á los defensores de Ladysmith y Mafeking, podríamos reservar un rincón de nuestros corazones para aquel puñado de hombres que se sostienen en las alturas de Port-Arthur contra un ejército. Aunque cada uno de ellos fuese enemigo personal mío, yo no me uniría á los gritos de júbilo que se oyen cada vez que el cable dice que han sido derrotados, porque aquel ejército puede servir de espejo á todos los demás. Rusia posee un millón de oficiales y soldados tan buenos como los de Port-Arthur, y cuando el invierno llegue Kuropatkin tendrá á su disposición los hombres escogidos que necesita.

He leído en los periódicos que los soldados rusos no obedecen de buen grado la llamada de su patria, y que á menudo prefieren cualquier castigo que ir á la frontera. Esto es una calumnia, una malvada y perversa mentira. Yo he encontrado 127.000 soldados en marcha al E. del lago Baikal, y les he acompañado en su camino; les he visto reunirse con sus camaradas heridos

en la guerra, que iban en sentido contrario, y he visto algunos de esos muchachos llorar con la cabeza entre las manos, pero no llorando de temor, sino por la triste nueva de la muerte de un hermano, de un padre ó de un amigo; y lo mismo he presenciado en los soldados ingleses: lejos de mofarme he respetado á esos hombres, porque las lágrimas que se derraman por tales motivos, les enaltecen. He sido testigo de amargas despedidas entre padres é hijos, entre esposos y esposas, y observado cómo una madre se abrazaba á su hijo y éste á su madre, y los dos tenían los ojos húmedos en aquella hora de angustia. ¿No habeis presenciado nada de esto en las estaciones de Londres, á la partida de las tropas? Si yo tuviera que conducir un ejército á la batalla, preferiría hombres que lloran al decir «adiós» á sus hogares, que no hombres que riendo abandonan sus casas.

El oficial ruso es alegre, jovial, dadivoso, despreocupado. Bebe más de lo debido, y cuando ha abusado es capaz de cualquier locura. Ciertamente no es el único pecador de esta especie que hay en el mundo; se abstiene antes de entrar en acción, pero de todos modos, los hábitos contraídos antes de la guerra costarán muchos centenares de vidas en la presente lucha.

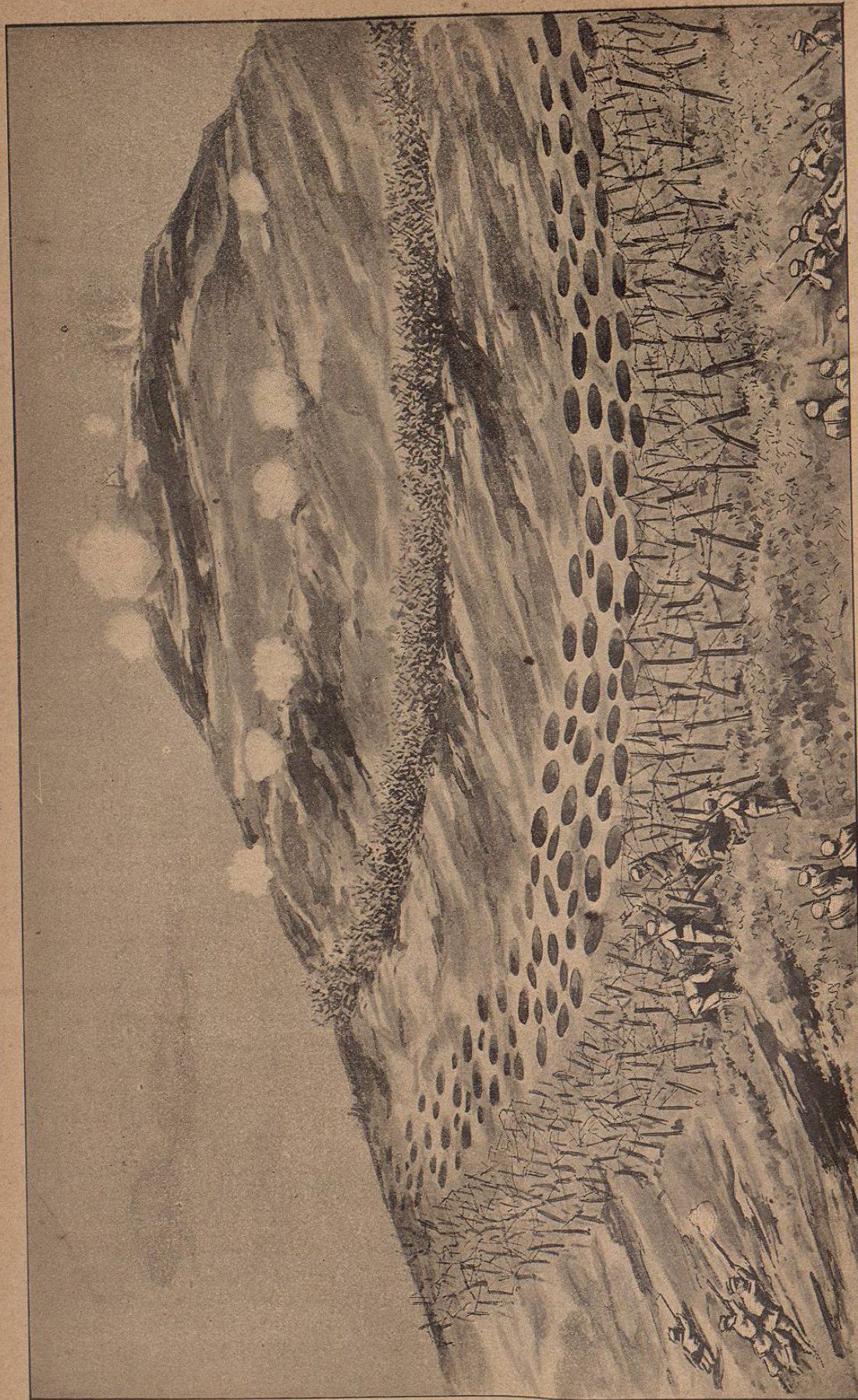
En tiempo de paz el oficial ruso no presta á sus deberes toda la atención que merecen; es demasiado amigo del vino, de la compañía de mujeres y de los dados, lo que suele causarle su ruina. Pero, frente á estos vicios, es valiente como un león, y compañero afectuoso y leal; es franco y caballeroso casi hasta la rudeza; bondadoso con los heridos, sean amigos ó enemigos; y, no hay necesidad de decirlo, morirá tan contento por la Rusia como puede morir un oficial inglés por Inglaterra.

A. G. HALEY.

LAS OPERACIONES

EN LA MANDCHURIA

Era de esperar que el movimiento ofensivo del ejército ruso, por su generalísimo anunciado *urbi et orbi* con tanta anticipación y de una manera tan anómala, conduciría con seguridad á algún resultado positivo, porque podía suponerse que esta re-



Una de las posiciones rusas de Liao-Yang:
La doble línea de trincheras, disimulada la más baja por una tala de ramas, tiene á vanguardia varias filas de pozos de lobo y delante una alambrada (Dibujo obtenido de un croquis enviado desde el teatro de la guerra)

pentina, ya que no espontánea, resolución había sido elaborada en el cuartel general moscovita con el auxilio de los datos comunicados por lo caballería exploradora, en virtud de los cuales se descubriera algún defecto capital en el despliegue estratégico de los ejércitos japoneses ó se tuviera conocimiento de determinadas circunstancias que acusaran un momento de debilidad y decaimiento en los adversarios.

Los hechos, que son en la guerra y en todas las ocasiones más elocuentes que las palabras, han venido á demostrar que se atendió muy poco á la realidad de las cosas y que el general Kuropatkin, rindiendo su voluntad ante soberanas exigencias, tuvo que abandonar una vez más su primitivo plan defensivo para comprometer su prestigio militar en una aventura que resultaba á todas luces inoportuna, pues ni las fuerzas propias se hallaban convenientemente dispuestas para la ofensiva, ni la situación estratégica entrañaba una inminencia tal de peligros que impusiera la realización de un acto desesperado.

El ejército ruso ocupaba detrás del río Hun una línea de 120 kilómetros de desarrollo desde las inmediaciones de Hsin-min-ting por Mukden y Fyn-chun hasta In-pan. Sus reservas, entre las cuales se contaría el VI cuerpo siberiano, recién llegado á la Mandchuria, guarnecían el campo atrincherado de Tie-ling.

En frente de estas posiciones rusas, de carácter exclusivamente defensivo, se hallaba el ejército japonés con el grueso de sus tropas al Sur de la línea Tchan-tan (sobre el río Hun)—Yan-tai—Pan-jui-pu-tse, distante de Mukden unos 30 kilómetros.

Si se pretendía, como era lo racional, caer por sorpresa y con fuerzas superiores sobre una fracción cualquiera de este ejército japonés, era preciso concentrar de antemano las tropas sobre la misma posición ocupada, de modo que pudieran desembocar del río Hun simultáneamente, para desplegar con unidad de acción sobre determinado frente de la línea enemiga. Sea porque en estos movimientos preparatorios tuviera que invertirse demasiado tiempo, ó bien por otra causa cualquiera, parece que se prescindió de ellos y se optó por efectuar la agrupación de fuerzas durante el avance, esto es, en la zona de 30 ó 40

kilómetros de anchura que separaba las posiciones de ambos beligerantes.

En presencia de un enemigo que, permaneciendo completamente pasivo, consintiera tales avances y concentraciones á poca distancia de su frente, era casi seguro el éxito de los atacantes. Pero los japoneses adivinaron en seguida la grave falta inicial de los rusos; replegaron tranquilamente sus avanzadas, reunieron sus fuerzas y pasaron á la ofensiva tan pronto como se pronunciaron los verdaderos designios del enemigo, cuyo avance, de suyo difficilísimo, iba á encontrar en la reacción japonesa un obstáculo insuperable.

El ataque ruso tomó por objetivo principal el ala derecha japonesa. Desbordándola con gran audacia lograron las divisiones de cosacos de Rennenkampf y y Samssonoff pasar el río Tai-tsé y cortar el camino Pen-si-hu—Si-ho-yan que era, según dijimos en otra ocasión, la línea de comunicaciones y de retirada de Kuroki. No se dejó intimidar este general por la situación crítica en que se veía colocado; reunió inmediatamente sus fuerzas y sostuvo con energía las posiciones de Tchao-chan-ling contra los ataques de cinco ó seis divisiones rusas que trataban de apoderarse del camino Fu-chun Pen-si-ho.

Entre tanto el centro ruso que avanzaba desde Mukden sufría en los días 11 y 12 de Octubre un descalabro considerable al atacar de frente las posiciones que los generales Nodzú y Oku habían ocupado sobre las alturas de la orilla izquierda del Chi-li-ho (río que nace en el paso de Tchao-chan-ling) uniéndose por la derecha con las tropas de Kuroki. Nos es imposible hoy descifrar de los confusos partes oficiales los pormenores de estos combates; pero podemos anticipar el juicio de que la *táctica de choque* proclamada por Suwaroff y desarrollada é infiltrada por Dragomirow en el espíritu y en la letra de los vigentes reglamentos rusos, acaba de experimentar un nuevo y decisivo fracaso ante la *táctica de fuegos* y el individualismo de que han dado pruebas las tropas japonesas. Estas sobresalientes condiciones del soldado y la actividad que han acreditado los generales japoneses, no limitando la defensiva á la resistencia inerte de obstáculos artificiales, sino buscando en la maniobra atrevida el

medio de contener con mayor eficacia el audaz impulso de los rusos, han sido las causas primordiales de la derrota del día 12 y pudieran ser motivo de un desastre completo, si el general Kuropatkin apelando, como en Liao-Yang, con sus reservas á un último y supremo esfuerzo no consigue paralizar la gran conversión al Este de todo el ejército de Oyama que su ala izquierda ha iniciado en los días 13 y 14 al avanzar por las dos orillas del río Chan contra la línea férrea y contra las líneas de retirada á Mukden del ejército ruso.

La batalla de Yan-tai, entre las muchas



El general Gripenberg

enseñanzas que encierra y que se analizarán en lo porvenir, nos pone ya de manifiesto la mala organización del mando superior del ejército ruso de la Mandchuria. La unidad y energía de los métodos de guerra padecen enormemente, cuando el general en jefe puesto al frente del ejército siente que se le merman atribuciones y se le descarga de responsabilidades. Por haber prevalecido opiniones extrañas en las decisiones de Kuropatkin se han precipitado los acontecimientos en un sentido resueltamente adverso á la causa del Imperio moscovita.

MARQUÉS DE ZAYAS

Teniente coronel de Estado Mayor.

LA SEGUNDA ESCUADRA DEL PACÍFICO

La composición de esta flota, llamada vulgarmente escuadra del Báltico, es la que sigue:

Acorazados: *Oslabia*, 12.674 toneladas; 4 cañones de 25 cm.; 11 de 15; 20 de 8.

Borodino, *Alejandro III*, *Orel*, *Kniaz Suwaroff*, los cuatro del mismo tipo: 13.566 toneladas; 4 cañones de 30 cm., 12 de 15 y 20 de 8.

Sissoi Veliky, 9.000 toneladas; 4 cañones de 20, 6 de 15 y 16 de 8.

Navarin, 10.000 toneladas; 4 cañones de 30, 8 de 15 y 16 de 8.

Cruceros: *Almaz*, 6.250 toneladas; 12 cañones de 15 y 12 de 8.

Almirante Nakhimoff, 8.000 toneladas; 8 cañones de 15 y 10 de 12.

Dmitri Donskoi, 5.880 toneladas; 6 cañones de 15 y 10 de 12.

Oleg, 6.670 toneladas, 6 cañones de 12.

Aurora, 6.630 toneladas; 8 cañones de 15 y 22 de 8.

Svietland, 3.900 toneladas; 6 cañones de 15 y 12 de 7.

Chamchey y *é Izumrud*, los dos del mismo tipo; 3.100 toneladas; 6 cañones de 12.

Acompañan á los siete acorazados y ocho cruceros, nueve destructores de 350 toneladas, y varios cruceros auxiliares y transportes.

J. B. Y L.

CRÓNICA DE LA GUERRA

Batalla del Sha ho.—En la fecha en que escribimos estas líneas no puede darse aun como resuelto el problema planteado en los valles del Sha. Falta el segundo acto del drama, por lo cual esperamos á que termine para describir toda la obra.

En sus líneas generales, la batalla del Sha ó más propiamente conjunto de batallas, no ha podido ser más sencillo. El ejército ruso, desplegado en un frente de 45 kilómetros, trató de romper la derecha japonesa en Pensi-hu, en tanto que el centro y la derecha acometían de frente; rechazados estos dos últimos cuerpos, los japoneses asumieron á su vez la ofensiva, arrojando á los rusos al N. del Sha; la retirada del centro y ala derecha dejó en situación comprometida al ala izquierda, y ésta se vió obligada también á retroceder, sin sacar partido de las pequeñas ventajas que había logrado. Al N. del Sha los rusos y cuando ya los telegramas y

la prensa anunciaron que atravesaban el Hun en gran confusión, se supo que de nuevo habían tomado la ofensiva, arrojando al S. á los japoneses y reocupando las dos márgenes del Sha. En esta situación, frente á frente los dos adversarios, se suspendió la batalla. Rusos y japoneses, saliendo de las posiciones que ocupaban el día 2, se encuentran ahora en contacto, habiendo avanzado unos y otros unos 20 kilómetros.

Resumido así lo acontecido; exponamos sumariamente algunas reflexiones acerca de los sucesos pasados.

La noticia de que el general Kuropatkin iba á emprender la ofensiva, apenas fué creída en los primeros momentos. ¿Qué había ocurrido después de Liao-Yang, que tan profundamente iba á cambiar el plan del generalísimo? Apliquémonos á investigar los móviles de Kuropatkin, porque ello nos dará la clave de lo que después tuvo lugar en el campo de batalla.

Entre las mil hipótesis que se han expuesto acerca de la causa de la ofensiva rusa, las principales son: 1.ª La ofensiva se debió á órdenes del Czar, contra el parecer de Kuropatkin; 2.ª Tuvo por objeto levantar la moral, muy decaída, de las tropas rusas; 3.ª Se dirigió á la necesidad de libertar á Port-Arthur, en peligro inminente de sucumbir. 4.ª Reconoció como origen la debilidad y mal estado del ejército japonés. No merece la pena el que nos ocupemos en discutir ciertas hipótesis, tales como la de que fué un acto de desesperación del general ruso, y otras no menos disparatadas.

Es imposible admitir que ni el Czar ni nadie haya ejercido presión sobre el general en jefe, obligándole á desarrollar un plan contrario al de éste; porque en las altas esferas del Gobierno no puede ignorarse el aforismo, que conocen todos los alumnos de las Academias militares, que es preferible un general mediano que obre por inspiración propia y sin trabas, que un genio de la guerra que desarrolle una combinación agena contraria á su manera de ver las cosas. Si en San Petersburgo no se veía con satisfacción el sistema de eterna retirada aplicado por Kuropatkin, lo más sencillo hubiese sido relevar á este general, y substituirlo por otro de mayor acometividad. Conservar á Kuropatkin en el mando y hacerle obrar contra su opinión y su voluntad, era enviar el ejército ruso á un desastre cierto, y eso ni el Czar ni nadie en su lugar es capaz de hacerlo. Al salir de Rusia el caudillo moskovita dió á entender, á todo el que quiso oírlo, la norma de conducta en que iba á inspirarse, y su soberano, antes que nadie, supo á qué atenerse y lo que se podía esperar del exministro de la Guerra. El atribuir al Czar ó al virey Alexeief, la determinación inesperada del generalísimo, es un procedimiento muy cómodo y expedito de explicar lo que no se comprende, pero no puede sa-

tisfacer á quienes ahondan en las cuestiones hasta descubrir la verdad ó llegar á causas naturales que justifiquen lógicamente lo sucedido.

La política es como la guerra: aun sin entender una palabra de una y otra, todos se creen autorizados para emitir su opinión y dar su consejo, y el más humilde periodista, que se detiene con recelo ante cualquier vulgar principio de medicina ó una trivial cuestión de geometría, por ejemplo, no tiene reparo en disertar acerca de la política y de la guerra, que son muchísimo más complejas y difíciles; así anda ello, y por eso salen á luz esas enormidades que á diario leemos, una de las cuales es atribuir la ofensiva rusa al deseo de reanimar el abatido espíritu de la tropa; como si la ofensiva, emprendida por soldados desmoralizados á causa de continuas derrotas, fuese posible, y, aun siéndolo, pudiese conducir á otro resultado que á la destrucción total del ejército.

No sabemos, aunque sí lo sospechamos, el motivo de que Port-Arthur estorbe á tantos críticos militares y civiles, y se achaque á la célebre plaza la culpa de lo que ha dado en llamarse desgracia de las armas rusas. Sin Port-Arthur, haría ya cuatro meses que los ejércitos japoneses estarían en Mukden, probablemente en Tie-ling y acaso á las puertas de Kharbin. Port-Arthur ha desempeñado ya su papel—como expondremos en otra ocasión—y aunque conserva su importancia, ahora el desenlace de la guerra no reside en aquella plaza, sino en el ejército activo. Desde el mes de Junio sabe el Czar y sabe Kuropatkin cuanto tiempo puede resistir Port-Arthur; y no solo el Czar y Kuropatkin, sino que sabemos todos que la suerte de la plaza depende, más que de los esfuerzos del sitiador, del resultado de las operaciones en la Mandchuria. Con las fuerzas que á sus órdenes tiene el generalísimo—inferiores á las del enemigo—no podía imaginar que iba á vencer totalmente á los japoneses, atrincherados en fuertes posiciones, y luego marchar al S. derrotando á las tropas de retaguardia y allanando todos los obstáculos. Aun admitiendo que el éxito le acompañase constantemente, Kuropatkin llegaría á Port-Arthur sin un solo hombre. Mientras la guerra no tome un giro más marcado, y en tanto no comience á operar el segundo ejército de la Mandchuria, no cabe pensar en socorrer por tierra á Port-Arthur, hasta tal punto que si esta fortaleza puede resistir aun varios meses—cosa que ignoramos—ha de poner sus esperanzas más en la segunda escuadra del Pacífico que en los ejércitos de tierra. Para que éstos se hallasen en condiciones de marchar al S. sería necesaria la destrucción completa de las tropas de Oyama, y esa destrucción es imposible mientras no se internen en las llanuras de la región de Mukden, al S. y al N. de la capital de la Mandchuria,